

## MIGUEL SALINAS ALANIS

Nació en Toluca, México, el 12 de febrero de 1858. Murió en la ciudad de México, el 18 de diciembre de 1938.

Maestro, lingüista e historiador. Autor, entre otros trabajos, de: *Historias y Paisajes Morelenses* (1924); *Gramática inductiva de la lengua castellana* (1902); *Ejercicios Lexicológicos para el aprendizaje de la Lengua Española* (1912); *Datos para la Historia de Toluca* (1927); *Cuentos, leyendas y poemas escogidos y anotados; libro dispuesto para ser leído en las clases de lengua española y para ayuda del buen aprendizaje de ésta* (varias ediciones, la 5a., 1934). Una de sus historias y paisajes morelenses fue traducida al inglés bajo el título: *The ridge of Tepoztlán* (1936); *Conferencias y algunos artículos filológicos* (1937); *La enseñanza de la geografía en México* (1916); *Fábulas del Pensador Mexicano, corregidas, explicadas y anotadas* (1918); *Fray Andrés de Castro. Datos para la historia de Toluca* (1920); *Bosquejo biográfico del Ilmo. Sr. Don Francisco Plancarte y Navarrete, Geógrafo, Historiador y Arqueólogo* (1923); *Sitios pintorescos de México* (1929); *Historia de la Iglesia y convento del Carmen de Toluca* (1930); *Tasco debe escribirse con S no con X* (1931); *La Iglesia de la Santa Veracruz* (1935); *La plaza de los mártires* (1936); *Mis árboles* (1936) y otros más en diversas revistas como las *Memorias de la Sociedad Científica Antonio Alzate*, la *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*.

Le han estudiado: Rosario M. Gutiérrez Eskildsen, *Dos Ilustres Gramáticos, Don Mariano José Sicilia y Don Miguel Salinas Alanís*, 2a. ed. México, 1965; Mario Colín en el excelente y sentido prólogo que escribió para la segunda edición de *Datos para la Historia de Toluca*, México, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, 1965, XVII-253 p. ils., en donde recoge la mayor parte de la producción bibliográfica de Salinas. Menores datos nos dejaron Esperanza Velázquez Bringas y Rafael Heliodoro Valle en su *Índice de escritores...*

Fuente: Miguel Salinas. *Historia y paisajes morelenses*, 1a. parte. Tlalpan, D. F., Imprenta del Asilo Patricio Sanz, 1924. 310 p. ils. p. 21-31.

### EL INSURGENTE FRANCISCO AYALA

No se sabe si Francisco Ayala era nativo de Mapastlán o de alguna otra población del Plan de Amilpas; pero todos están de acuerdo en que era hombre honrado, de valor extraordinario y de gran actividad. En los primeros años del siglo

pasado vivía, en el pueblo antes dicho, con su mujer y sus hijos. Algunos de éstos eran sin duda hombres ya formados, pues tomaron parte en la guerra y murieron heroicamente al lado de su padre. Este ejercía el cargo de capitán de Acordada, y lo había desempeñado con tal celo, que limpió de ladrones la comarca.

El cumplimiento de sus obligaciones le granjeó la estimación de muchos y también la malevolencia de no pocos, pues desgraciadamente los comerciantes y hacendados españoles y criollos, sin duda con la mira de cuidar sus intereses, han favorecido más o menos disimuladamente a los ladrones. Esto lo saben bien los que han leído los informes virreinales, el del duque de Linares, por ejemplo, y los que han vivido en pueblos y haciendas de aquella región en las épocas aciagas en que se ha desarrollado el bandidaje.

En 1810 había en Mapastlán tres españoles, Martínez, Puebla y Pimentel, que aparentemente eran amigos de Ayala, pero que en realidad le profesaban cierta inquina, ya por la persecución que hacía a algunos ladrones favorecidos por ellos, ya con más razón, por haberse negado Ayala a formar parte de las fuerzas que los españoles en las Amilpas estaban organizando para combatir a los insurgentes.

Esta circunstancia hizo que Ayala pareciera sospechoso a los realistas, aunque no hubiese llevado a cabo un solo hecho que justificase semejantes sospechas. Tal era el estado de los ánimos en mayo de 1811.

En aquellos días, una fuerza insurgente fue derrotada en Jalmolonga, según el señor Sosa, o en Nostepec, según el manuscrito de Montero; en la correspondencia quitada al enemigo se hallaron cartas escritas a Morelos por un rebelde apellidado Ayala; éste no era Francisco el de Mapastlán, sino un brigadier llamado Ignacio; y ya sea por equivocación, o porque se supusiese que había parentesco entre ellos, fue mandado desde la hacienda de San Gabriel, a la cabeza de una fuerza, un español de apellido Moreno, con el encargo de caer sobre Ayala y aprehenderlo.

Llega Moreno a Mapastlán; rodea con su gente la casa de Ayala; quiere hacerlo prisionero; éste resiste; cambia algunos tiros con sus aprehensores y queda herido, lo mismo que su mujer, la cual, en ese momento, amamantaba a su hijo.

El pueblo, al escuchar las detonaciones, se alarma; enterado del asunto, corre a la defensa de Ayala, arremete contra Moreno y los suyos y los pone en fuga. Entre tanto, los espa-

ñoles de Mapastlán que podían haber intervenido para calmar los ánimos, no lo hicieron y salieron para Cuautla a dar parte del escándalo y a decir que Ayala se había insurreccionado.

La noticia causó en Cuautla gran sensación. Los españoles de ahí, unidos a los de las vecinas haciendas, levantaron a toda prisa una fuerza y la pusieron al mando de don Anselmo Rivera, anciano español, jurado enemigo de los insurgentes y administrador de Rentas Reales. Esa tropa se dirigió a Mapastlán que, como hemos dicho, dista 8 ó 9 kilómetros de Cuautla. Los mapastecos la reciben en son de guerra y la atacan furiosamente con armas de fuego, machetes, garrochas y hasta con coas, y la hacen retroceder en desorden a la Hacienda de Mapastlán y emprender luego la fuga hasta Cuautla. En la precipitación de la fuga, se le cayó la peluca al jefe Rivera y, según dice Montero, dicho Rivera iba gritando: "¡Mi peluca, mi peluca!"

La esposa de Ayala murió a causa de las heridas que le infirieron los de Moreno; y su hijito quedó en poder de don Vicente Pastrana y de doña Estefanía, su esposa, padres de la muerta. El general Guerrero, que pudo apreciar las cualidades de Ayala, mandó poner en un colegio, años más tarde, al mencionado niño.

Al retirarse la fuerza de Cuautla, Ayala, que no pudo o no quiso entrar en explicaciones con el gobierno, se retiró a Anenecuilco, donde pasó la noche en un viejo convento contiguo a la iglesia del pueblo.

Los de Cuautla volvieron al día siguiente sobre Ayala, al mando de don Joaquín Garcilaso, que, según parece, era el subdelegado; pero por precaución y para evitar una sorpresa, siguieron un camino indirecto, el de la Hacienda del Hospital; y al llegar a Anenecuilco, vieron que algunos hombres asomaban la cabeza por las ventanas del viejo convento y se ocultaban después. Esto y el ver detrás de la iglesia unos caballos ensillados, a la sombra de unos árboles y atados a éstos, hizo comprender a Garcilaso que allí estaba Ayala. Comenzaron el ataque desde lejos, dirigiendo algunas descargas a las ventanas del edificio. Los de adentro contestaban una que otra vez.

No faltó entre los asaltantes un muchacho que, como el Pí-pila de Granaditas, fuera bastante osado para acercarse al convento. Ese atrevido fue un mozo llamado Ramón: dijo que si le daban los caballos amarrados detrás de la Iglesia, iría por ellos. Se lo prometieron así, y desde luego puso en obra

su intento. Despreciando las balas, se llegó a los caballos, desató uno de ellos y se lo llevó. Ufano por su triunfo, volvió por los demás; pero al desatarlos, una bala dirigida con precisión le atravesó las sienes y lo dejó sin vida a los pies de los animales.

Los sitiadores no osaron acercarse mucho; sólo tres jóvenes de Cuautla, Miguel Reyes, Mariano Alvear y Mariano Ochoa, llegaron a las bardas del atrio, y desde allí invitaban a los españoles a que se acercasen: "Vengan, les decían; al fin la guerra es por ustedes y no por nosotros"... Nadie se acercó. Los tres valientes eran excitados a hacer un esfuerzo más y a echarse sobre las puertas del edificio; pero no lo hicieron, por la consideración de que los encerrados eran mexicanos como ellos, y algunos eran amigos. Al fin volvieron a unirse a los sitiadores.

Garcilaso pretendía pasar la noche en Anenecuilco para impedir que Ayala se escapase; pero su fuerza, que no estaba muy disciplinada, se fue desbandando poco a poco, y él mismo se vio obligado a regresar a Cuautla. Ayala, viéndose libre y pensando que mucha gente estaba ya comprometida por haber tomado su defensa; que los de Mapastlán habían saqueado y destrozado las casas de Pimentel, Puebla y Martínez, y que los españoles del rumbo lo verían siempre con ojeriza, resolvió seguir el partido de la insurrección e irse en busca de Morelos. En la madrugada del martes anterior al jueves de la Ascensión de 1811, salió de Anenecuilco, y pasando por San Vicente, Olintepepec y Mayotepec, y caminando de rancho en rancho, llegó a Huitzuc y se puso en comunicación con Trujano, que estaba en Tepecoacuilco. Al principio no fue bien recibido, pues se dudó de la sinceridad de su adhesión a la causa de la Independencia; pero al ser tratado, al escuchar su relato de los sucesos de Mapastlán y al ver sus heridas, de las cuales no había sanado aún, se disiparon los temores y se le dio franca hospitalidad.

Los señores Sosa y Robelo, siguiendo a Bustamente, cuentan de otro modo la salida de Ayala: dicen que éste, al verse rodeado de gente enemiga en el convento de Anenecuilco, abrió las puertas, montó a caballo, apostrofó enérgicamente a sus contrarios, y seguido de los suyos, rompió el cerco y salió rumbo al Sur.

Tales acontecimientos conmovieron toda la comarca e hicieron que los españoles de Yautepec enviaran a Cuautla un refuerzo de setenta lanceros al mando de don Ignacio Cardo-

na. Este jefe se puso a la cabeza de las fuerzas unidas de Cuautla y Yautepec y se dirigió a Anenecuilco, pero ya no encontró a Francisco Ayala.

En virtud de un acuerdo que Trujano tuvo con otros jefes, Ayala se retiró a Zimatepec, donde se creyó seguro y al abrigo de cualquier ataque, y donde tomó reposo y se dedicó a curar sus heridas. Sus hijos Francisco y Rafael, unidos a los mapastecos que los acompañaban, se dirigieron a Chilpancingo; allí fueron presentados a Morelos como valientes y sufridos, por lo cual quedaron agregados al ejército de aquel caudillo.

El grupo de mapastecos, entre los cuales sobresalió Juan Rafael Sánchez, se batió siempre con mucha bizarría y se distinguió en varias acciones, sobre todo en las que Morelos libró en Tecualoya y Tenancingo, a Porlier y Michelena, en una de las cuales murió este último al tratar de apoderarse de un cañón. El artillero que lo manejaba, según cuenta una tradición, era el cautleño Juan Domínguez (a) *el Herrero*; y otro cautleño, un muchacho apellidado Cartera, fue el que disparó la bala que mató a Michelena.

Mientras Ayala se curaba en Zimatepec, Morelos seguía su marcha triunfal de Chilpancingo a Chilapa, de aquí a Tlapa, y luego a Chiautla, donde derrotó y fusiló al jefe español Musitu. Al día siguiente de esta derrota, se presentó Ayala en Chiautla, curadas ya sus heridas. Incorporado al ejército independiente, marchó con él hacia Izúcar y tomó parte en el combate que se libró a Soto Maceda, en el cual fue mortalmente herido este jefe. Al retirarse Morelos rumbo a Cuautla, dejó la plaza de Izúcar bajo la custodia de Ayala.

Allí permaneció éste todo el tiempo, muy corto por cierto, que el general insurgente tardó en ir a Cuautla, Tlaltizapán, San Gabriel, Taxco, Tecualoya y Tenancingo, obteniendo por doquiera aplausos y triunfos, pues lucían entonces para él los días prósperos de su carrera militar. Al volver Morelos de Tenancingo, pensó dirigirse a Izúcar, donde Ayala lo esperaba; pero al pasar por Cuernavaca, supo que Calleja se apresuraba a buscarlo, y salió para Cuautla, donde resolvió esperar al ejército realista, porque ya no había tiempo de llegar a Izúcar.

Fortificada Cuautla a toda prisa, son llamadas a ella todas las partidas de insurgentes que se encontraban cerca, y entre ellas, acudió la de Ayala, para sufrir con estoica resignación las calamidades del sitio y tomar parte en los mil combates

que sufrieron los incomparables defensores de la Sagunto mexicana.

Algunas acciones de guerra demostraron que Ayala carecía de habilidad y de dotes estratégicas; no era un jefe capaz de salvar situaciones difíciles con los recursos que nunca faltan al talento militar; pero en cambio poseía corazón generoso; miraba cara a cara a la muerte con gran indiferencia; en los combates, su bravura rayaba en temeridad y en absoluto desprecio de la vida, y su abnegación llegaba al heroísmo. Estas cualidades le valieron la amistad y cariño de Galeana.

El 2 de mayo de 1812, cuando Morelos rompió el sitio de Cuautla, cuando, en medio del numeroso y bien pertrechado ejército realista, salieron los diezmados batallones insurgentes, que más bien parecían falanges de espectros salidos de la tumba, espectros que ostentaban en el rostro la palidez de la muerte y en los ojos el brillo de la bravura y del orgullo, entonces salió también Ayala; y salió en el lugar que correspondía a los hombres de su temple, en la vanguardia, al lado de su amigo Galeana, el Aquiles de los combates americanos.

En los últimos días del sitio, una fiebre terrible estuvo a punto de acabar con la vida de Ayala; débil y convaleciente, montó a caballo y salió de Cuautla con todos los sitiados. Montero, el autor del manuscrito, le encontró en Tecajec y cruzó con él algunas palabras. En Chiautla se reunió con sus hijos y con su grupo de mapastecos, atravesó la sierra en que se encuentra el mineral de Huautla, y llegó a Tlaltizapán. La fiebre volvió a apoderarse de él.

Entre tanto, los realistas organizaron una fuerza que pusieron al mando de don José Gabriel de Armijo, la cual fuerza tenía por objeto cuidar de las fincas azucareras y procurar que siguieran éstas sus labores interrumpidas por la guerra. Armijo se situó en Yautepec y estuvo espionando los movimientos de Ayala. Cuando éste comprendió que iba a ser atacado se retiró a la hacienda de Temilpa, muy cerca de Tlaltizapán, situada en la margen izquierda del hermoso riachuelo que viene de Yautepec; y que aumenta su caudal con el agua de los manantiales de Las Estacas.

En Temilpa, Ayala encerró al fundidor de la Hacienda de Treinta, don Juan Rendón, y a otros operarios, con el objeto de que fundiesen cañones; y él, enfermo y con pocos hombres, decidió hacerse fuerte en la hacienda y esperar a los realis-

tas. El coronel don José Rafael Sánchez, correligionario de Ayala, manifestó a éste que era una temeridad esperar al enemigo, cuando se contaba con tan pocos recursos, y le instó para que se salvara y se lo rogó: mas Ayala, ofuscado, persistió en la idea de entablar una lucha desigual. Ya estaba Sánchez montado a caballo y listo para alejarse de aquel sitio peligroso, y todavía excitaba con ardor a su amigo para que lo siguiera y abandonara Temilpa; pero Ayala se mostró sordo a tales excitativas.

Armijo, sabedor de que Ayala estaba en Temilpa, decidió atacarlo. Preparó desde Yautepec su expedición y ordenó que saliesen, a la vez, tropas de Cuernavaca. Caminó toda la noche del 5 de junio de 1812 y, al amanecer del 6 llegó a Temilpa.

Atacó la finca durante cinco horas, y al fin, exasperado por la resistencia que le hicieron, la incendió; lo cual fue causa de que perecieran entre las llamas el fundidor Rendón y algunos otros de los que estaban encerrados. Ayala se batió con increíble tenacidad e indomable valor; se refugió en un lugar respetado por el incendio, y no se rindió hasta que, agotadas sus municiones, los realistas lo atacaron sable en mano. Cogió el vencedor cincuenta prisioneros, once armados y treinta y nueve sin armas. Entre los primeros estaban Ayala y su hijos. Todos los once recibieron desde luego los auxilios espirituales y se dispusieron a morir.

Fue para los insurgentes una verdadera desgracia el error en que incurrieron casi todos sus jefes, de encerrarse en fuertes donde forzosamente debían ser aniquilados. ¡Con cuánta amargura se recuerda la toma del Fuerte del Sombrero, defendido por el héroe Moreno! ¡Cuánto dolor causa el fin trágico de Ayala!

Aunque éste declaró que sólo él era culpable, y que los demás eran peones, encerrados en la hacienda contra su voluntad, Armijo dispuso que los jefes españoles Acha y Sarahaga se llevasen al joven Rafael y a otros de los rendidos para la villa de Tlaltizapán. Al pasar el río, fue fusilado uno de los prisioneros; otro a la entrada de la villa, y Rafael Ayala en la plaza de la misma. Su cadáver fue colgado de un mezquite que había en dicha plaza.

Armijo, con los demás prisioneros, siguió la cañada que pasa por Barreto, Tecumán, Xochimancas y Atlahuayán y llegó a Yautepec. A la entrada de esta población, en el barrio

de San Juan, fue fusilado Ayala y colgado de un árbol su cadáver.

Hay en el atrio de la pequeña iglesia de San Juan un árbol secular, una hermosísima ceiba, que no tiene igual en aquellos contornos. Tal vez de una de las ramas de ese coloso de la vegetación estuvo suspendido el cuerpo del esforzado luchador Ayala, padre infortunado de una familia de mártires.